

to é inteligente; turbado y pensando que todos los esfuerzos con los cuales se combaten los vicios horribles no impiden ese incremento mortal; oprimido por la duda de que toda lucha con el embriagado debe resultar inútil, como si la humanidad estuviese bajo el peso de una condena fatal, de la que la imaginación se aparta con espanto.

\*  
\* \*

Estas son las líneas, y este es el mes, en que más á menudo hacia los largos trayectos en el tranvía, con un compañero solo, y á veces sin ninguno, y entonces podía observar la expresión de un sentimiento curioso, parecido á aquel que se experimenta en ciertos jardines ó salones espléndidos de los grandes palacios, cuando están solitarios; la ilusión fugaz de los primeros años, la complacencia imaginaria de la riqueza y del fausto, en alguno de esos personajes solitarios que están contentos y orgullosos de ser arrastrados durante media milla, por dos caballos que parecen correr para ellos únicamente,

con un cochero delante y un cobrador detrás, que parecen estar á su servicio exclusivo, y se lee en su rostro un soliloquio fantástico de gran señor. ¿Dónde se puede comprar por diez céntimos un tan dulce deleite de la fantasía? En otros trechos de ellas se ven cocheros y cobradores, que libres por un momento de pasajeros, charlan y bromean entre ellos, saludando á los compañeros que pasan en los otros carruajes, y hablan y gritan contentos con aquella libertad de que gozan por un momento. En aquellos coloquios de coche á coche, se manifiesta aquella familiaridad infantil que reina entre los que tienen una ocupación común, y que se advierte en todos los hombres ya sean diputados, soldados, comediantes ó colegiales. Durante estos trayectos es cuando Carlín vacía en un momento todo cuanto ha metido en el buche durante una semana. Le hice hablar durante un rato en uno de estos trayectos solitarios, y comprendí mejor que nunca, la extraña monstruosa confusión que había metido en aquella cabeza, las varias nociones de políticas, de ciencias, de viajes y de acontecimientos públicos de que cada día tenía conocimiento leyendo los diarios y escuchando las conversaciones de los pasajeros, y que producían en el cerebro de un hombre del pueblo sin instrucción y sin cultura, necesarias para comprender y ordenar aquellas ideas, un verdadero maremagnum del que ni él, ni los otros son capaces de sacar nada en limpio. En pocos minutos me señaló y comentó los hechos principales del mes, con raros razonamientos, y sacando de ellos las más extravagantes deducciones que se pueden imaginar. Habló de los terremotos de Islandia y de Messina, de la

inundación de Ferrarese, sacando la consecuencia de que hay una rueda rota en la máquina del mundo, y señales evidentes de una ruina universal, lo cual le hace pensar con terror, en el gran cataclismo que va á ocurrir pronto.

—¿Toda esa gran ciencia no puede hacer nada, para prevenir lo que está á punto de suceder?

Luego se lanzó de un salto á la política con la falta de tacto absoluta propia de los hombres y de los niños incultos y que el pudor intelectual nos impide á nosotros saltar de un argumento importante á otro, para no demostrar que abandonamos el primero por ser incapaces de sostener largo tiempo un pensamiento. Y hablaba, hablaba, sin saber á punto fijo lo que decía. El estar varado en Spezia el acorazado *Carlos Alberto* y en Sestri el crucero *Colón* destinado á España, decía que era una señal de alianza entre Italia y España. Si habla del tratado italo-tunecino dice que es una triple alianza entre Italia, España y Francia. ¿Contra quién? Después habla de los festejos hechos en honor de Nansen que regresa á Cristianía, después de haber descubierto un nuevo mundo. Si discurre acerca del descubrimiento del oro en la Nueva Zelandia, dice que ese descubrimiento se debe á Nansen: un mundo lleno de tesoros. Hé aquí por qué el soberano ruso se dirige á Dinamarca y Noruega: para apoderarse del oro antes que nadie, y esto era clarísimo. Y así fué siguiendo toda esa serie de razonamientos, fabricando luego castillos en el aire con materiales dispersos y distintos que se amontonaban en el almacén semi obscuro de su cabeza, y yo viendo que mis explicaciones no hacían sino acre-

centar el desórden de sus conceptos, pensaba suspirando al contemplar aquel hombre, que hasta que se mejore la condición de los obreros siempre habrá en el fondo la misma cantidad de ignorancia, ó una ignorancia hidrópica de ideas confusas, en las cuales es mucho más difícil encarnar una idea precisa, que en los cerebros vírgenes de toda cultura.

¡Oh, maravilloso Carlín! Su cerebro está en un estado permanente de ebullición; y bulle un poco de cada cosa, pero son siempre los propósitos de guerra los que más frecuentemente salen á la superficie. ¡Otros seiscientos armenios muertos en Karput! ¿Cuándo acabará esta historia infame?

—¡Voto á..!—exclama frunciendo el entrecejo.—  
¡No sé por qué no han de ir nuestros «colosos marinos» y recorrer toda la ribera maldita y ¡bum! ¡bum! ¡bum! hacer saltar por el aire todas las casas, hasta que no quede ni la tira de un turbante, ni una casa sobre la faz de la tierra!

Dicho esto pegó con la mano en su talonario y poniendo una señal en los billetes con expresión resuelta, como si contara los cañones que habían de mandarse á la guerra, después de poner otra vez el talonario en el bolsillo, se dirigió á la plataforma, cruzóse de brazos y fijó los ojos en el horizonte, con aire de un almirante que mira desde el puente de un acorazado, la fortaleza enemiga.

Me tocó entonces un período (no era el primero durante el curso del año) semejante á aquellos periódicos en la estación muerta, en los cuales no se encuentra de cabo á rabo, ni un fondo, ni un artículo, ni unas buenas líneas de crónicas, ni una noticia de novedad, nada en fin que interese al lector, como si la vida estuviese suspendida por algunos momentos.

¿Quién no ha experimentado en el tranvía uno de estos periodos muertos?

Durante varios días no encontré un solo hombre singular, ni una mujer bella, ni un niño simpático; todos eran para mí desconocidos y vulgares, como si la población de nuestra ciudad se hubiese cambiado en la de otra, ni un accidente, ni una conversación, ni una deficiencia siquiera en el servicio, nada absolutamente que rompiera la uniformidad de nuestro curso como si la juventud, el amor, y la alegría, hubiesen abandonado la «institución» vieja y decrepita, y á punto de morir á su vez como murieron los omnibus de antigua memoria. No había otro caso de notable que una jardinera en la línea de San Segundo ocupada por pobres viejos del Hospicio de Caridad para los cuales era aquel, el día de semana en que les tocaba salir; todos vestidos de gris é inclinados como si un viento sofocante les hiciera inclinar el cuerpo y la cabeza.

Sobre aquel carruaje que llevaba tantos siglos en su interior, marcados sobre los rostros por infinidad de arrugas, veíase un anuncio en caracteres cubitales blancos sobre fondo azul, que decía:

«Biblioteca romántica Sperani.»

Finalmente, un domingo, encontré en la línea Madama Cristina, al propagandista infatigable, con su eterna chaqueta raida de terciopelo color cacao, que sostenía en aquel momento un vivo coloquio con un cobrador hombruno, con una barba grande y espesa, de cabeza enorme, tan pequeñísimo de estatura, que le llegaba apenas con la frente á los hombros.

A primera vista comprendí que le estaba catequizando, y pensé que debía ser costumbre suya subir á los tranvías á aquellas horas en que el servicio disminuye, para llevar el verbo de sus doctrinas entre los empleados de tranvías. Apenas me vió vino á mi lado, y noté que no me había equivocado: hacía aquellos trayectos expresamente para predicar su fe á los cobradores y cocheros, y había convencido ya á muchos. Otros, como aquel especie de enano hirsuto, eran resistentes como una roca, y el motivo de que este último no estuviera ya persuadido, era porque tenía una propiedad de cuatro palmos de terreno en el río del Tanaro, hacia la parte de Alba, una propiedad ridícula que desaparecía la mitad de ella bajo el agua, y que no le daba ni un céntimo de rendimiento, si bien había plantado en el centro una gran haya, de la cual esperaba sacar el día que la arrancara unas setenta liras.

—Es un hombre que comprende,—me dijo,—no es corto de entendimiento. Le he hecho ya comprender que debemos hacer una cooperativa de productores, de consumo y mútuo socorro; que esa cooperativa debe formar un grupo con otras ligas y corporaciones, formando á su vez un grupo de

grupos, y así pasar poco á poco del municipio á la provincia, de la provincia á todo el país. La idea le gustaba, pero cuando se pasaba de eso á la propiedad industrial y territorial, se levantaba ante sus ojos como un fantasma aquella propiedad suya, y no había entonces medio de convencerle. Aquel árbol debía ser para el cobrador, el último é invencible argumento contra la idea. El fuste de aquella haya se levantaba inmóvil en frente de la gigantesca máquina socialista, y no dejaba ver su belleza ni su gracia. Y en tanto que el propagandista decía eso, mirándole por la espalda del cobrador que se había acercado, pensaba yo que no veía él la persona sino el árbol maldito, el supremo impedimento á su conquista, el grande enemigo, y pensaba también el modo de conseguir sus propósitos haciendo un trabajo extraordinario con la imaginación, visible por el modo de mover los dedos, el tormento continuo que daba á su barba roja y la manera de arrugar un paquete de folletos que tenía en la mano. Le pregunté donde iba; me contestó, dando con la mano sobre los opúsculos, que iba á distribuirlos á la extremidad del arrabal de San Silverio, donde le esperaban varios amigos. Aquella idea despertó en su mente, un recuerdo que le iluminó el rostro de repente y dió una carcajada. Recordó uno de sus triunfos, uno de aquellos triunfos afortunados que le habían conquistado autoridad, y formaba su gloria.

Era una ventura admirable. La policía había hecho un registro en su tienda, suponiendo que tenía un depósito de proclamas y folletos prohibidos. La policía se engañó, pero los libros y diarios no los

guardaba allí; y al decirme esto me guiñó un ojo. El cabo había revuelto todos los muebles y papeles, sin encontrar la más pequeña traza de cartas ni papeles que le comprometiesen. En la pared de en frente á la puerta había pegado un gran «Calendario del año 1896», en el cual estaba señalada cada fecha importante con una palabra entusiástica, como demostración de su amor por el socialismo. El cabo había mirado un momento aquel calendario, y creyéndole sin importancia, se marchó saludando al propagandista y dándole excusas por haberse equivocado. Aquel recuerdo le hacía reír de un modo extraordinario, le daba un regocijo como si hubiese ganado contra la autoridad una de aquellas batallas, que en otros tiempos constituían una gloria para los enemigos de las instituciones. Se rió durante un buen rato, y movió la cabeza al tiempo que se frotaba las manos en señal de regocijo. Luego se puso serio y me habló del congreso feminista.

\*  
\*\*

Dos días después en la línea de Niza estaba al lado de *Tempesta*. Hé aquí un sugeto que no convertirá jamás el buen propagandista. Estaba *Tempesta* furioso contra los ciclistas á causa de un

hecho que le había ocurrido la semana pasada. Un ciclista quiso atravesar la vía y había sido tirado al suelo, cayendo de cabeza con las piernas por el aire. La culpa era suya, pero de todos modos, no le faltarían quebraderos de cabeza. La bicicleta se había deshecho, y el ciclista tenía herida la cabeza y magullado todo el cuerpo, desde hacia más de una semana según me dijo el cobrador. No hacía más que hablar de aquello, y cada vez que veía una bicicleta, se salía de sus casillas y rompía en denuestos y maldiciones contra ella. Aquel día parecía que los ciclistas se hubiesen dado cita en la calle de Niza para enfurecerle más. El los veía por el fondo de la calle á una distancia increíble, así como los gauchos ven en medio del horizonte las pampas, y acompañaba su aparición con un monólogo imprecatorio:

—¡Qué el diablo te lleve estúpido!

En la calle Burdiu encontró una verdadera nube de enemigos, y no pudiendo encararse con ninguno en particular, recurrió á la maldición colectiva sembrando á derecha é izquierda toda clase de desgracias. Tuve una verdadera sorpresa: conocí aquel día á la familia de *Tempesta*. La mujer y dos muchachos de cinco y de ocho años que le esperaban con la cesta de la colación, Había pensado tantas veces en aquella pobre víctima, que al verla me fijé con verdadera curiosidad, pero pronto se alivió mi pena. La mujer parecía su hermana; era una mocetona de rostro sanguíneo y fiero, con el pelo desgredado, con ojos brillantes, y demostrando en su aspecto que era capacísima de hacer frente á la furia habitual de *Tempesta*, y no solo con las pala-

bras, sino con los hechos; los pequeñuelos parecidos á él, parecían dos predestinados propagandistas de la «Sociedad protectora de los animales», y se comprendía que les eran familiares gran parte de los ideales paternos. La mujer le entregó la cesta con un gesto de malhumor; él la tomó sin decir palabra, y sentándose en el estribo se puso á comer, dando de vez en cuando bramidos de oso, bajo la mirada fija de los dos ositos que permanecían rígidos y silenciosos.

—Es el único momento del día en que calla.— me dijo el cobrador que le observaba, y después añadió con cierto acento juvenil y benévolo:

—*Rústica progenie*.

\*  
\*\*

Encuentro entre estos apuntes bajo el título de *Rústica progenie*, varias observaciones hechas en esos días acerca de la cortesía de los hombres con las mujeres en el *coche de todos*, y especialmente sobre la costumbre de ceder el puesto para sentarse, á lo cual no creía yo que hubiese tantos

rebeldes, y no en una sola clase social. El bueno de Valentín Carrera que quería escribir un libro sobre «Las villanías en Italia», habría recogido un tesoro de documentos y observaciones en el tranvía. Hay inconscientes que estando sentados dentro con toda comodidad, miran con aire de admiración á una hermosa señora de pie en la plataforma, á dos pasos de ella, sin sentir siquiera sospecha de que están cometiendo una inconveniencia; existen aquellos que verdaderamente continúan sentados por egoísmo inconcebible, pero que sienten vergüenza, y huyen las miradas de la postulante, fingiendo no darse cuenta de su presencia; aquellos que ceden el puesto á las señoras que van elegantemente vestidas, pero que no le ofrecen á las mujeres de pueblo; aquellos que ceden su sitio á las jóvenes y dejan en pie á las viejas; aquellos cuya descortesía llega á lo sublime: hay quien está sentado con una señora de pie al lado, la cual á consecuencia de los vaivenes del coche, se ve obligada á agarrarse á los pasamanos para no caer, algunas veces con niños en los brazos, y á pesar de esto, no se mueven de su asiento. Pero el caso más cómico y admirable fué el que ví en la calle Garibaldi, el día mismo de mi encuentro con Tempesta. Era de noche y llovía; dentro del carruaje cerrado no había puesto alguno vacío; hablaban con voz rumorosa cinco ó seis hombres con aspecto de negociantes, y á juzgar por sus rostros encendidos y lo luciente de los ojos, parecía que acababan de salir de un restaurant, y en la plataforma posterior estaban de pie dos señoras, á las cuales el viento hacía que se llenasen de agua sus vestidos. Aquellos

alegres amigos sentados junto á la puerta, no solo las veían sino que de cuando en cuando, las dirigían miradas de curiosidad galante y hacían comentarios.

—¡Oh qué finos!—exclamaban las señoras.—No he visto nunca más hermosa desenvoltura.

Durante un momento tuvieron la esperanza de conseguir un puesto, al ver que uno de los caballeros se alzaba un poco del banco, y echando la mano hacía la manivela, acabó de cerrar la puerta.

¡Qué si quieres! El caballero no hizo aquel movimiento sino para cerrar mejor, á fin de que no pasase el viento. Y entonces las dos señoras soltaron una carcajada de franca risa, á la cual hicieron coro los demás pasajeros que estaban en torno de ellas, en tanto que dentro del carruaje se escuchaban más alegres y rumorosas, las conversaciones de aquellos rostros encarnados y de aquellos ojos relucientes, enamorados de verse tranquilos allí dentro, amparados contra la lluvia, que mojaba al bello sexo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

BIBLIOTECA PARTICULAR  
DE LA  
Srta. Felicitas Lozoya  
PROFESORA DE CANTO

Hé aquí otro caso curioso á propósito de cortesía. Un carruaje cerrado corría por la calle Cernaia bajo una lluvia menuda. Estaba entre nos-

otros en la plataforma llena de gente, el noble cobrador que alargando la mano blanca por encima de la espalda los billetes con su acostumbrada cortesía de novicio celoso. Un señor con unos grandes bigotazos, conocido mío, le dió un billete de una lira medio estropeado. El cobrador levantó el billete hasta el farol para examinarle atentamente. El señor lo tomó á mal y dijo:

¡Vaya unos modos!

El cobrador contestó:

—Es preciso que vea si es bueno.

—¿Y qué diría usted,—contestó el otro,—si yo examinase el cambio de la misma manera?

—Diría,—contestó el cobrador tímidamente,—que es muy dueño de hacerlo.

—Ya—repuso el caballero;—cada cual entiende la delicadeza á su manera.

El cobrador le miró fijamente un momento inclinó la cabeza para saludarle y se retiró.

Entonces dije á mi conocido que aquel era un conde auténtico y le dije su nombre. Creía que aquello le calmaría. Acerté, y entonces siguiendo el curso de su pensamiento exclamó:

¡No lo hubiera imaginado nunca!

El acento de aquella exclamación me impresionó. Era espontánea, expresaba un sentimiento como de amargura que quería decir:

—Si lo hubiese sabido habría estado menos duro y no habría dicho nada.

—¿Por qué?—pregunté para mí. ¿Por qué lo que uno cree una descortesía viniendo de un conde, que debe medir bien todos sus actos, no ofende tanto como viniendo de una persona inculta y vulgar,

en la cual se puede suponer la inconsciencia de la ignorancia? ¿Por qué le dolía haber estado descortés é injusto? ¿Solamente porque el ofendido pertenecía á una familia igual á la suya ó más aristocrática que la suya? Pero de repente interrogándome yo mismo, pensé que si me hubiese ocurrido á mí un caso parecido, hubiera hecho reflexionar movido del mismo sentimiento injusto, la misma exclamación ilógica: ¿Por qué razón? Por ninguna razón. Aquellas palabras de sentimiento hubiesen salido de mí como salían de él, como la voz imprevista de ciertas ideas sepultadas pero no muertas, de viejos sentimientos heredados, confusos, revueltos en nuestro ánimo dentro de las ideas y de los sentimientos nuevos de igualdad y de justicia, que viven sin embargo en nosotros, y ante los cuales quedamos estupefactos, cuando por acaso, en un momento dado, los descubrimos.

Era aquella como la voz de una conciencia anti-gua, en la cual no penetra sino por un instante nuestro pensamiento. Ahondando en ella, se vería que la resistencia que opone el mundo á nuestras aspiraciones más altas, se ejerce fuera de la voluntad de nosotros mismos, y que los apóstoles más fervientes de una nueva idea llevan dentro de sí el enemigo de la propia fe... Y me afirmé más en tal pensamiento, observando como mi conocido de los bigotes evitó la mirada del conde al volver éste á aparecer.

25. *Día muerto.*—26. *Ni una nota.*—27 *domingo. Sor Teresa, drama en cinco actos, representación por la tarde.*

De la Arena Turinesa desborda en el Paseo San Mauricio una oleada humana. Suben á la jardinera tres matrimonios. El último se sienta en el banco que tengo delante .. ¡Toma! Son mis pequeños protegidos del arrabal de San Donato. He pensado y pienso todavía tanto en ellos, que me parece imposible que no me reconozcan, que no me saluden como se saluda á un amigo. ¡Pobre mujercita! ¿Qué diantres de idea les ha dado hallándose en el estado en que se halla de ir á presenciar la agonía de la monja? La última escena la ha hecho prorrumpir en llanto y todavía gime su pecho, y sus ojos están llenos de lágrimas. La palidez de su rostro dice bien claramente que su conmoción ha sido profunda. Lo dice también la solicitud llena de cuidado y de amor de su esposo, que se echa á sí mismo la culpa de lo ocurrido, afirmando que no debía de haberla llevado allí; pero ella le defiende y asegura que aun cuando la sacudida ha sido muy fuerte, no le ha causado mal alguno.

Es la primera vez que oigo su voz, conmovida,

apagada, humilde, esa voz que dentro de poco será todavía más apagada y más dulce, diciendo mil frases amorosas junto á la cuna. ¡Incorregible niño! ¿O es que acaso no siento tanta compasión y amor y ternura por estos dos pobres seres, sino porque pienso que esa mujercita y ese muchacho pueden ver trocarse el día que ansían en un día de desventura? Y mientras esto pensaba, un coche fúnebre va hacia el cementerio, seguido solamente de dos personas. El suyo no lo siguiera quizá sino un hombre solo.

Pero, por uno de aquellos bruscos cambios tan comunes en las mujeres que se hallan en aquel estado, enjuga ella su llanto y rie, él lanza un suspiro y sonríe. Mis presentimientos se desvanecen.

¡Con cuánto gusto asomaría la mía entre aquellas dos cabezas y les diría:

—¿No sabéis que soy vuestro amigo? ¿Me queréis para padrino de vuestro hijo?...

Pero, ¿qué pensarían de mí? Sin embargo, preveo que un día ú otro no podré dominar la tentación.

\*  
\*



Otro par de cabezas entre las cuales no quisiera asomar la mía, las ví dos días después en la calle Garibaldi.

Estaba yo de pié en la plataforma y no las reconocí de pronto, porque el hombre estaba disfrazado como quien dice. Pero, en un momento en que se me presentaron de perfil para cambiar una con otra unas palabras, reconcí al elegante capitán, que iba vestido de paisano, con suma elegancia, y á la esposa—hipotética—del empleado de Correos. Debían de haber cambiado durante el trayecto algunas frases de sabor agridulce. Ella tenía el aire agitado y afligido, y la cara de él expresaba un tedio abrumador que procuraba disipar mirando hacia la calle, fijándose en los cafés iluminados, en las mujeres que pasaban por la acera, en los oficiales «libres» que iban detrás de aquellas mujeres; y las miradas de ella seguían las suyas para ver donde se fijaban.

En un momento dado, ella le dijo una palabra, uno de esos monosílabos que son como el resultado y final expresión de un soliloquio mudo, y él se apartó imperceptiblemente y levantó los ojos al techo de la jardinera como implorando la protección de un santo ausente. No hablaron más. Pero, en el modo de estar colocadas dos personas que están sentadas una al lado de otra, se advierte claramente que sus almas no van por igual camino. Aquellas me hicieron la impresión de un tronco roto en dos pedazos que aun se tocan, pero entre los cuales se advierte la sangrienta ranura. ¡El tranvía, que había sido para ellos carro triunfal, era ahora coche fúnebre de sus amores!

\*  
\*\*

Era aquella una noche espléndida y serena. El aire, fresco, hacía recordar las noches de primavera. No recuerdo haber gozado jamás, como en aquel momento, del espectáculo que presenta una gran ciudad vista desde el tranvía en una noche hermosa de verano. Bajo las amplias guirnaldas de las lámparas de arco voltaico suspendidas en el centro de la calle, corren los faroles de otros carruajes, parecidos á grandes ojos rojos, verdes, blancos, azules, de enormes cabezas invisibles, que parecen querer encontrarse. Las mil luces de las calles, de las plazas, de los caminos, dan á la ciudad un aspecto de inmensidad infinita, y aquella multitud de gentes que se vé de paso, parada ante los cafés, en grupos ante los teatros, aquellas caras innumerables que pasan por el lado del espectador, tan pronto iluminadas por la luz eléctrica, como sumidas en la sombra, ya doradas por el gas, ya apagadas del todo en la obscuridad, parecen la imagen de un pueblo fantástico que vive extraña existencia diurna y nocturna, bajo un cielo en el cual brillan sin orden ni concierto pléyades de lunas. Aquí y allá, aparecen otros contrastes de luz difusa y de negrura fija, masas oscuras de vegetación que ofrecen el aspecto de bosques iluminados por los

fuegos de un vivac, amplios espacios abiertos en los cuales se alinean y se entrecruzan filas de estrellas multicolores, dominadas por un alto, desmesurado muro de casas y palacios, sobre los cuales parece que luzcan los primeros resplandores del alba. Y corriendo así entre aquellos mil fuegos de luz, entre aquel bullicio de gente atareada y vagabunda, en aquella atmósfera perfumada por el olor de la hierba y de las flores, en la cual se suceden y confunden notas de cantantes de café, ruidos de orquestas de barrera, *ritornellos* de canciones populares, músicas errantes, mandolinas y guitarras que lanzan sus gemidos, parece que se atravesase una ciudad maravillosa en la cual no se conozcan ni los cuidados, ni el cansancio, ni la miseria. Pero se rompe el encanto en cuanto se mira al cobrador y al cochero. Sus rostros entonecidos, sus pobres piernas que se doblan bajo la fatiga de estar rígidas desde las cuatro de la mañana, sus ojos que se cierran adormecidos, y hasta su voz velada y soñolienta, evocan el pensamiento de aquellas multitudes que, en tanto que otros corren en busca del placer, dejan caer sobre malos camastros sus pobres huesos, para levantarme antes del alba y proseguir una existencia de labor pesada, ruda, inacabable.

\*  
\*\*

Era una noche, la última de Septiembre, cuando en la jardinera del paseo Vinzaglio, en la calle Cernaia, encontré á un amigo mío, abogado, profesor y periodista, lleno de habilidades, con dos jovencitas, de las cuales reconocí á primera vista que una era hija suya; la sola que yo sabía que tuviera. Acababa de salir de la estación de Porta Susa, viniendo de una quinta que tenía en Ivrea para llevar á casa de sus padres á la otra niña, que había hospedado durante una semana.

—Usted debe conocerla,—me dijo:

Era la hija de *Siapure*. Estaba sentada delante de mí, de modo que su trenza negra que le caía á lo largo de la espalda, casi tocaba á la mano con que yo sostenía el bastón. Se volvió en aquel momento y la reconocí. Había crecido bastante en aquellos tres meses que no la había visto, y en sus hermosos ojos negros, comprendí que su inteligencia había dado también un gran paso. Hablé de varias cosas con mi amigo; pero durante todo el trayecto no pude apartar mi pensamiento de aquella muchacha, la cual, volviéndose de lado para escuchar nuestra conversación, continuaba mirándome á la cara con sus ojos inteligentes y llenos de bondad, como si comprendiera que, aun hablando de otra cosa, pensaba en ella y en su padre. Me miraba con la cabeza un poco inclinada hacia mí, como si quisiera decirme:

—Esta vez hablarás; me dirás que le salude de tu parte; yo seré la que lleve la palabra de reconciliación; dila, pues de una vez, esa buena palabra.

También esta vez sentí la comezón de pronun-

ciarla, diez veces acudió á mis labios y otras tantas dejé de pronunciarla. Me decía:

— Cuando el tranvía llegará á la esquina del paseo de Oporto, la diré.

Y luego:

— Cuando llegaremos al paseo de Víctor Manuel.

Y luego:

— Cuando estaremos cerca del monumento.

Pero en el momento preciso no podía pronunciar la palabra y sufría por ello, y aquella trenza que rozaba mi mano me hacía el efecto de un dedo que me estimulase, y aquellos ojos fijos parecía que me dijeran cada vez más suavemente:

— Habla, pues; con solo decirme, saluda á tu padre, todo habrá terminado y volveréis á ser buenos amigos como antes, ya que siempre os habéis estimado y querido.

¡Ah, desvergonzado! Había pasado ya el paseo Umberto y no había hablado todavía. Mi amigo debía bajar en la plaza Carlo Felice; no me quedaban sino tres minutos, me despreciaba á mi mismo y, sin embargo, comprendía que no iba á hablar. Ved de lo que puede depender hacer ó no una buena acción. Cuando estuvimos cercanos á la plaza, la orquesta al aire libre del café Mogna tocaba un motivo de la sinfonía de las *Visperas*, aquel motivo largo y suave que fué uno de los primeros que aprendí de muchacho, que siempre me recuerda mil cosas de la infancia, la primera conmoción del teatro, sin madre, joven, apoyado en el antepecho, la escena vista en sueños, una mezcla de imágenes alegres y tristes, confusas y lejanas, como si fue-

ran de otra. ¡Oh, bendita música, noble amiga, misteriosa y benéfica, inspiradora de bondad y de cariño!

— Niña, saluda á tu padre de mi parte..

El *sí vivo* y suave conque me contestó, parecióme nota de aquella música.

